

Como se debe portar
 No me importa su honor
 Antes que con la vida
 Yo perderé mi capex
 Pero salvaré mi honor



ACTO CUARTO.

LA SENTENCIA.

Gran sala en la Torre, llamada "Sala del rey." En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balastrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I

CROMWELL.

Cromwell, unas horas más,
 Y tu obra será completa:
 Ya de los gentileshombres
 Se pronunció la sentencia.
 ¡Muerte! ¡Gran Dios! Esta sangre

¡A la vez sobre mi cabeza
 Caerá! Tiemblo, á pesar mio.
 A mi pesar se apodera
 Cierta inquietud de mi alma....
 Pero no; vanas quimeras.
 La fortuna se declara
 Por mí: cada instante aumenta
 Mi valimiento en la corte.
 Pronto esa orgullosa reina,
 Aquí mismo en esta sala
 Escuchará su sentencia.
 La cámara va á reunirse;
 Esa soberana nueva
 Me deberá su fortuna:
 Cuando en el trono se vea,
 No puede olvidarse... ¡ah! sí,
 Si, no será la primera
 Que los servicios pasados
 Desconozca en la opulencia,
 ¡La suerte de un favorito
 Suele ser tan pasajera!
 Volseo también gozaba
 Una privanza completa:
 También como á mí del polvo
 El rey lo elevó á otra esfera,
 Y cayó al fin. Ese Enrique
 Tan inconstante se muestra
 En mujeres y en ministros,
 Que vivir temiendo es fuerza.
 ¡Animo, Cromwell! De otros
 Te servirá la experiencia,
 Y de la fortuna instable
 Tal vez fijará la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PERCY Y

Percy.—Os buscaba.
 Crom.— ¿Vos, señor?
 ¿En qué puedo yo serviros?
 Percy.—Cosas tengo que deciros
 De alta importancia, milord.
 Crom.—(Tiene un aire de grandeza,
 Una superioridad....)
 Percy.—Hablaré con claridad,
 Ya conocéis mi franqueza;
 La misma espero de vos:
 So'os estamos aquí.
 ¿Me conocéis, conde?
 Crom.— Sí.
 Percy.—Nos conocemos los dos.
 Ocupais hoy un lugar,
 Sin duda muy elevado;
 Mas no al ministro de estado,
 Sino á Cromwell quiero hablar;
 ¡A Cromwell! ya me entendéis.
 No sois un necio, milord,
 Y al través del esplendor
 Que os circunda os conocéis.
 Esa efímera grandeza
 En que os hallais, es prestada;
 Vos sa'isteis de la nada....
 Crom.—¡Yo!

Percy.—Perdonad mi franqueza.

La posición en que os veis
Acaso no es duradera,
Y de la misma manera
Que subisteis, bajareis;
Porque de un rey el favor
Es sombra que pronto huye,
Débil flor que se destruye
Al vientecillo menor.
Hombres de antigua nobleza
El favor han obtenido,
Y, sin embargo, han perdido
El favor y la cabeza.

Así, Cromwell, no podéis
Sobre esta verdad cegaros,
Y otros bienes procuraros
Para este caso debéis.
Porque hablando con verdad,
Esas palabras, milord,
De patriotismo y honor,
Nada son en realidad
Para vos, y apreciareis
En más un rico diamante,
Que esa placa deslumbrante
Que sobre el pecho tenéis.

Crom.—¿Me insultais?

Percy.— No, conde, no:

No tenemos un testigo,
Os hablo como un amigo;
Ni soy indiscreto yo:
Hablad con franqueza, pues,
Para que nos entendamos:
Todos, Cromwell, procuramos

Nuestro privado interés.
En público no hablaremos
De esta manera jamás,
Pero es comedia no más
Lo que ante el público hacemos.
Grande riqueza teneis;
Pero muy mal adquirida,
Y en caso de una caída,
Vuestros bienes perdereis.
Vos debéis, Cromwell, busca
Para este caso un amigo.

Crom.—Sí.

Percy.— Podéis contar conmigo,

Si me quereis ayudar.

No perdais esta ocasión:

Además de mi amistad,

De mis bienes la mitad

(Saca un papel.)

Ved en esta donación.

Vuestra será si quereis.

Crom.—¿Con qué condición, señor,

Debo obtener tal favor?

Espero que os expliqueis.

Percy.—Cromwell, tomad el partido

De la reina.

Crom.—

No, jamás!

Percy.—Os daré mil veces más

De lo que os tengo ofrecido.

Ya conoceis mi opulencia,

Vuestra será desde hoy;

Todos mis bienes os doy

Si defendeis la inocencia.

Cromwell, Cromwell, bien sabeis

Que no es Ana criminal;
Decidlo en el tribunal,
Y grande y rico sereis:
Pero decidlo; por Dios,
Salvad á esa desgraciada.

Crom.—No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscáis la franqueza,
Os descubro el alma mía:
Por perder á Ana, daría
Mis bienes y mi cabeza.

Percy.—¡Qué escucho!

Crom.—No hay esperanza,
Señor.

Percy.—Me ciega la ira:
¡Bárbaro! ¿quién os inspira
Tanto rencor?

Crom.—¡La venganza!
Esa reina y sus parientes
Mi destrucción meditaban.
En público me ultrajaban
Con sus lenguas maldicientes:
Toda la corte reía
Al ver mi ridiculez;
Pues bien, ya llegó mi vez;
Yo aprovecharé mi día.
Era una lucha, señor:
Si yo la hubiese perdido,
Tal vez no se hubiera oído
Una voz en mi favor.
Como un perro hubiera muerto,
De todos menospreciado;
Pero, señor, he triunfado,

Me aprovecharé por cierto.

Percy.—Reflexionadlo: yo espero
Que mudareis de opinión.

Crom.—No: mi eterna salvación
Porque cambie, no la quiero.

Percy.—¡Hombre bárbaro y críel,
Hombre de sangre y horror!
¡Tú provocas mi furor!
¡Guárdate, infeliz, de él!
Tu soberbia aniquilada,
Tu odioso nombre en olvido,
Y tú á polvo reducido
Quedarás si alzo mi espada.

Y pues prefieres así

Mi furor á mi amistad,

¡Tiembra! Ya la eternidad

Se está abriendo para ti.

La sangre que se derrama

Por tu culpa, se alzaré,

Y tus huesos quemará,

Como abrasadora llama:

La cólera del Eterno

Caerá sobre ti, malvado,

Y allá en su seno abrasado

Te recibirá el infierno.

Crom.—No extraño vuestro furor:

Si en mi poder estuviera.

Percy.—¿Y no te veré siquiera,
Triste objeto de mi amor?

Crom.—(Esa rica donación,
¡Cómo dejarla escapar!)

Percy.—(Ana, por ti á suplicar
Me abato en esta ocasión.)

Cromwell, debeis dispensar
 Mi funesto frenesí,
 Tened compasión de mí,
 ¿No sabeis lo que es amar?
 Os suplico por el cielo,
 Ya que tanto os obstinais,
 Que al menos me concedais
 Dar á esa infeliz consuelo.
 Para entrar á su prisión
 Dadme una orden, os lo pido
 Con llanto y agradecido
 Os cedo esta donación. (Se la da.)
 Tomadla: no me la deis,
 Cromwell, no me la volvais.
 La orden, la orden, ¿me la dais?
 Crom.—No soy mármol, la obtendreis.
 Percy.—¡Gracias, gracias! Ana mía,
 Mía la desgracia te ha hecho;
 Yo te estrecharé á este pecho,
 Que tú rompiste algún día.
 Yo suspiraré contigo,
 Yo recibiré tu llanto,
 Consolarán tu quebranto
 Las lágrimas de un amigo.
 Crom.—Los pares van á llegar;
 Moderad vuestro dolor.
 Percy.—Triste objeto de mi amor,
 ¿Y no te podré salvar?
 ¡Tormento, tormento atroz!
 ¡Mundo injusto, mundo impío!
 La hora va á llegar, ¡Dios mío!
 Da'e elocuencia á mi voz.

ESCENA III

Dichos. EL DUQUE DE NORFOLK.

(Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.)

Nor.—Guárdeos Dios: señor conde,
 Mucho me complazco en veros.
 Hace tiempo que en la corte
 No habitais, Enrique.

Percy.— Es cierto.
 Me disgusta tanto el mundo,
 Que he preferido el destierro.

Nor.—¡Tan joven!

Percy.— Duque de Norfolk,
 Desde los años primeros
 De mi existencia, he probado
 El cáliz del sufrimiento.
 Dulcísimas ilusiones
 Me halagaron en un tiempo:
 Pero pasaron, pasaron
 Tan rápidas como el viento.
 Un destino inexorable
 Vino con mano de hierro
 A romper mis esperanzas,
 A despertarme del sueño.
 Mis ojos vieron entonces,
 En su aspecto verdadero
 Del mundo las ilusiones,
 Y su falsedad huyendo

En mis tierras he vivido,
Donde no miro á lo menos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.

Nor.—Joven, de vuestra familia,
Sois el único heredero:

La gloria debe animaros.

Percy.—¿La gloria, señor? ¡Es cierto!

Yo probaré que soy digno
Del nombre de mis abuelos.

El valor y la justicia

Siempre de mi casa fueron

Las principales virtudes:

Yo las tendré, lo prometo:

Animado de la gloria

Haré escuchar mis acentos

En favor del desgraciado.

Me vereis, duque, muy presto

Desafiar los furoros

De un rey irritado y ciego.

Nor.—¿Qué decís?

Percy.— Que no es culpable

Ana Bolena. Yo espero

Que vos también, señor duque,

Únireis vuestros esfuerzos

A los míos, y salvarla

Acaso conseguiremos.

Nor.—¿Salvarla, milord? ¡Salvarla!

¿Estais en vos? ¡Vive el cielo,

Que no será! Por lo mismo

Que es mi parienta, deseo

Que lave su sangre impura

La deshonra que ha cubierto

El nombre de mi familia.

Sepa, conde, el mundo entero,

Que inflexible en la justicia,

Fuí superior al afecto.

Percy.—El crimen no está probado,
Señor.

Nor.— Uno de los reos

Ha confesado.

Percy.— ¿Qué escucho!

Nor.—No lo dudeis, conde; Sméton

Lo ha dicho todo.

Percy.— ¡Imposible!

Nor.— ¡Yo, señor conde, no miento!

Mi cabeza ha emblanquecido

En la virtud; más respeto

Se me debe.

Percy.— Yo no digo

Que mintais; pero sostengo

Que estais engañado, duque.

Esa confesión de Sméton

Será del infame Cromwell

Algún artificio nuevo.

La promesa de salvarle

La vida, tal vez lo ha hecho

Decir cosas que no existen.

Nor.—Bien; ha llegado el momento

De decidirlo; ya el número

De pares está completo.

Ana Bolena bien pronto

Aparecerá; la oiremos.

Percy.— Tú que eres verdad y vida,

Salva á la virtud, Dios bueno!

Nor.— ¡Hola! pónganse las guardias.

Nuestras sillas ocupemos.

Crom.—(A un par).
 No olvidéis, milord, lo dicho.
 (A otro).
 Contad con aquel empleo.
 (A otro).
 El rey es muy generoso,
 Y está de vos muy contento.
 (Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado; se abre la puerta grande del salón; se colocan centinelas en ella, así como en los extremos de la sala.)
 Nor.—Abrase la sesión. Ilustres pares,
 Ya el motivo sabeis que os ha reunido;
 Ana Bolena, reina de Inglaterra,
 Se encuentra hoy acusada del delito
 Espantoso y terrible de adulterio:
 El lustre del Estado, el puro brillo
 De la corona, la moral sagrada,
 El nombre de Inglaterra, el honor mismo
 De vosotros, Milores, se interesa
 En que probado el crimen, sin castigo
 No quede, con escándalo del mundo.
 Cada uno de vosotros habrá visto
 La causa, con la calma y la prudencia
 Que exige el caso: oigamos al ministro;
 Después á la acusada, y vuestros votos
 Recibiré por fin. ¡Ilustres hijos
 De Inglaterra! ¡que el cielo os aconseje!
 Obrad sin prevención. Hable el ministro.
 Crom.—Doloroso es, Milores, en tal causa
 Ser el acusador: el labio mío
 No sé si articular podrá las voces
 Que por orden del rey debo deciros.

Esa reina es tan bella, tan graciosa,
 Tiene en torno de sí tal atractivo,
 Que parece imposible que su alma
 Haya sido capaz de tal delito.
 Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo
 Hace que con prudencia y con sigilo
 Sigue los pasos de su infiel esposa.
 La noble alma de Enrique no ha querido
 Obrar con ligereza; él adoraba
 A esa infeliz mujer: yo era testigo
 Del amor que el monarca le tenía.
 Un esposo jamás hubo tan fino
 Como Enrique lo fué. Pruebas muy gran-
 (des,
 Pruebas irrefragables del delito
 Han sido necesarias á irritarlo.
 Enrique, largo tiempo los oídos
 Cerró á la acusación; pero en la corte
 Con escándalo grande, en mil corrillos
 Se murmuraba ya de su clemencia.
 Indagar el origen fué preciso,
 De estas hablillas, y encontró las pruebas.
 En la causa, milores, habreis visto
 Varias declaraciones, que contésteis
 Prueban los vehementísimos indicios
 Del crimen de la reina, y finalmente,
 Mirad este retrato y este anillo
 Por el rey mismo á Sméton arrancados.
 Ellos prueban, milores, el cariño
 Que á su paje tenía Ana Bolena.
 El mismo Sméton francamente ha dicho
 Por su propia conciencia estimulado,
 Que de la reina fué correspondido.

Percy.—¿Y esa declaración dónde se encuentra?
 Crom.—La retractó al momento, seducido
 Por agentes tal vez de Ana Bolena.
 Mi narración, milores, he concluido:
 Decidid este asunto: el rey espera
 De vuestra rectitud un fallo digno.
 Percy.—Nobles pares, oíd: la verdad santa,
 La verdad sola dicta mis acentos.
 Ana Bolena tiene acusadores,
 Pero no un defensor de sus derechos.
 Examinad con rectitud la causa,
 Examinadla, jueces; que ni el miedo,
 Ni la lisonja vil, en vuestras almas
 Influyan en tan crítico momento.
 Aquel que tenga una alma tan mezquina,
 Que la verdad sagrada conociendo
 Tema irritar al rey, y la justicia
 Tuerza tal vez por tan innoble miedo,
 Deje la vestidura respetable,
 Y desocupe el elevado asiento,
 Que yo no temo al rey ni á sus ministros:
 Sólo la infamia y la vergüenza temo.
 ¿Cuáles las pruebas son de este delito
 Que en la reina suponen? Yo no veo
 Sino sospechas, y sospechas vagas,
 Calumnia y nada más: he aquí el proceso.
 ¿Qué dicen los testigos? que la han visto
 Reir con Wáston, elogiar á Smétón,
 Que al caer en Greenwich el bravo Nórris,
 Echó sobre él la reina su pañuelo:
 Que han visto algunas veces á su herma-

Junto á la cabecera de su lecho.
 ¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese retrato
 Que el rey halló de Smétón en el cuello,
 Y esa sortija de que tanto alarde
 Ha hecho el ministro, son los documentos
 Que prueban el delito? ¿Desde cuándo
 Es vedado á una reina dar en premio
 Una sortija suya, estimulando
 De algún poeta ó músico el talento?
 Si esta acción un motivo menos noble
 Temido hubiese, hiciérala en secreto,
 No ante toda su corte, que el delito
 La soledad procura y el silencio.
 ¿Y ese retrato? Fuerza es confesarlo:
 El rey tiene un bajísimo concepto
 De los nobles Ingleses que me escuchan,
 Si alegar quiere como prueba este hecho.
 Si sin su aprobación se le retrata,
 O con ella también, ¿qué prueba esto?
 Dése una nueva ley, y en adelante
 Lleve siempre la reina con un velo
 Cubiertas sus facciones: ¡Ah, milores!
 ¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cie-
 los!

Que si por esta acusación se juzga
 Sin agregar mejores fundamentos,
 La sangre de esa víctima infelice
 Caerá sobre vosotros, y el Eterno
 Terrible cuenta os tomará algún día.
 Jueces, temed su tribunal tremendo;
 Temed el deshonor de vuestro nombre;
 Temed la execración del universo.

Nor.—Que se presente al punto la acusada,
Y lo que tenga que decir oiremos
Para fallar mejor: vos entretanto
Las suertes repartid.

Percy.— ¡Piadoso cielo,
Qué horrible situación! Dignate danme
Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV

Dichos, ANA BOLENA.

(Que aparece seguida de sus damas, entre
las que están Lady Seymour é Isabel
Préston; Ana vestida de negro y cubier-
ta con un velo negro.)

Nor.—Llegad, señora: ya el crimen
De que os acusan sabeis.

Ana.—Sí, señor.

Nor.— Los nobles pares

Que ha comisionado el rey

Para juzgaros, os oyen:

Si defenderos quereis,

Hablad; pero hablad, señora,

Con candor y buena fe;

De este modo el soberano

Os perdonará tal vez.

Ana.—¿Perdonar? ¿De qué delito?

Si por crimen entendeis,

Miñores, leves indicios

Contra el texto de la ley

Y sospechas infundadas

Que á pesar del interés
Que en perder se haya tenido

A esta infelice mujer,

Nada prueban: si es acaso

Un crimen alegre ser:

Si reir es un delito,

Si amar á su hermano lo es,

Yo soy criminal sin duda,

Y no me avergonzaré

De confesar estas faltas,

Si por faltas las teneis.

¿Pero esto prueba, millores,

Que esta desgraciada fué

Reo del crimen espantoso

De adulterio? ¡Eterno Sér!

Esta acusación horrible

Es sin duda más críel

Que el suplicio. Nobles pares,

En vuestra mano teneis

Mi suerte: como os agrade

De mi vida disponed.

Pero por el cielo os juro,

Por aquel Supremo Juez,

Ante quien todos nosotros

Debemos comparecer:

Por mi vida y por mi alma,

Os juro que no manché

Mi honor; que nunca un esposo

Tuvo una esposa más fiel.

Esta es la verdad, millores.

Nor.—¿Ese anillo conoceis?

Ana.—Era mío: la habilidad

De Sméton con él premie

Públicamente.

Nor.— Sin duda
Reconocereis también
Ese retrato.

Ana.— Es el mío.
¿Acaso es delito ser,
Sin saberlo, retratada?
Ni aun sabiéndolo lo es.

Nor.— Sméton ha confesado
Que correspondido fué
Por vos, señora.

Ana.— Mintió,
Y se retractó después.
Norris, Bréneton y Wáston,
Han sabido sostener
La verdad, y aunque el perdón
Se les ofrece tal vez
Por premio de la calumnia,
Quiéren antes perecer
Que subscribir á la infamia.
Milores, hay otro Juez,
Que es superior á vosotros:
Si vuestro fallo criiel
Mancha mi nombre, algún día
Conmigo aparecereis
Ante su eterna justicia.
Jueces, apelo ante él:
Resentimientos injustos
Del señor conde de Essex,
Que ha jurado mi reina;
Nuevos amores del rey,
He aquí mi crimen, ¡oh pares!
Condenadme si quereis:
Me resigno, y os perdono.
Dios os juzgue.

Nor.— ¿No teneis
Más que decir?

Ana.— Si, milores,
Que también perdono al rey.

Nor.— Salid, señora.

Ana.— Gran Dios,
Que el fondo del alma ves,
Tú mi inocencia conoces;
Dígnate, ¡oh Dios! sostener
A esta desdichada. ¡Oh Cromwell!
Yo te perdono también.

ESCENA V.

Dichos, menos ANA. BOLENA Y SUS DAMAS

Nor.— Sentenciad, ¡oh nobles pares!
(Toca la campanilla, y aparece un paje.)
Los votos ya recoged.
(Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk)

Percy.— ¡Dios mío! ¡Qué agitación!
¡Ana, cuál será tu suerte!

Nor.— (Vaciando la urna, en que aparecen muchas bolas negras con algunas blancas.)
He aquí la sentencia.

Percy.— ;; Muerte!!
(Cae en una silla.)

Nor.— Se levanta la sesión.
(Se levantan todos.)

Percy.— Saciad, bárbaros, saciad
Vuestra furia: hollad la ley,

Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.
Nor.—Reportaos, conde.
Percy.— No:
Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Levad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.
Crom.— De su aficción.

Compadeceos: venid.

Nor.—Sí, vamos.

Percy.— Cromwell! cid.
Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de
Londres: una mesa con un Crucifijo: al-
gunos papeles sobre ella: puerta al
fondo, que se supone la entrada exte-
rior: puerta á la izquierda, que se supo-
ne el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!